



"La Ley Y El Acto Analítico"

(*) Jornadas De Escuela, Acto E Interpretación. Escuela Freudiana De Buenos Aires, 2010.-

Silvia Wainsztein

La frase que convoca a estas jornadas nos interroga acerca de la ley que rige la estructura del acto.

“El acto psicoanalítico designa una forma, una envoltura, una estructura tal que de algún modo suspende todo lo que está instituido hasta ahora, formulado, producido como estatuto del acto en su propia ley”. (1)

El contexto de esta frase es el abordaje del acto en tanto fallido que según Lacan inaugura el acto en el psicoanálisis. Residuos de la lengua que sólo la audacia de Freud despertó al sujeto del inconsciente y por ende el carácter insostenible e insostenible para aquél que se compromete en él. Es porque el acto implica el fallido de la intención y deja al desnudo la verdad de quien lo produce.

El cuerpo marcado por el lenguaje separa el goce del saber que en el encuentro sexual se manifiesta siempre fallido. El fallido fundamental del acto sexual se muestra en el tiempo de su final: no hay conclusión; ya que nadie sale nominado hombre o mujer que ilusiona en su comienzo. El acto psicoanalítico implica al sujeto. Su carácter de inaudito es que su consecuencia subvierte la posición del sujeto respecto al saber. Quien produce el acto, el analista, no hace de él profesión ya que la profesión es aquello de lo cual uno tiene experiencia. El acto, por lo tanto, no es sin consecuencias. Cuando de él se hace profesión, se standariza, y no resulta en ninguna consecuencia.

El acto sexual no conduce a ninguna verdad. Nadie sale del acto sexual con un seguro de pertenencia acerca del género, ideal del sujeto neurótico que se inaugura como tal en el tiempo de la pubertad.

El acto analítico responde a ese poco de verdad que el campo sexual le ofrece al sujeto.

La experiencia nos enseña una y otra vez el carácter inaugural del acto siempre que sea fallido. Los actos de iniciación tienen el carácter del mito que siempre intenta fundar un origen para responder a la pregunta por el ser o por la identidad sexual.

Es así como se presenta en mi consultorio un joven cuya entrada en la adolescencia es un tanto tardía según el discurso de los padres. Él se declara asexual en la medida en que no puede identificarse a su propio sexo. A las mujeres les tiene pánico porque ellas siempre se



enamoran, lo cual para él es equivalente a un fantasma de devoración. Cree que con un varón no le pasaría lo mismo y como hoy la homosexualidad no es discriminada y está protegida por organismos de defensa institucionalizados, imagina que por esa vía se cubre de la devoración del semejante. El semejante es un igual y por eso no se lo va a comer con lo cual trata de incursionar por esa variante.

En una cena familiar escucha que el padre nombra a los gay varones, “comilones”. La marca de este significante se torna en signo para él, ya que entra por la ventana lo que fue expulsado por la puerta, por lo cual decide nombrarse asexual: ni con varones ni con chicas.

La postergación del acto tiene su montaje en la inhibición como uno de los Nombres del Padre en el registro imaginario, a la espera del anudamiento que la función Padre Muerto según la Ley hará a la eficacia del mismo.

“Comilón”, es la voz del padre que sanciona el goce devorador del Otro cuando es imaginado como La Mujer sin marca de barradura. Como letra, pacifica, atenúa y desplaza la opacidad de lo real del sexo, que el fantasma de devoración lo pone a distancia del encuentro con el partenaire sexual. Encuentro que deberá digerir en los tiempos del análisis cuando el objeto oral de la pulsión esté regido por el régimen fálico cuya operación fundamental recorre la vía de la separación, separación - del órgano - del cuerpo para poder hacer uso del mismo. Tiempo que corresponde al discernimiento entre el goce fálico y el goce peniano. Afirmación conceptual que encontramos en el seminario El sinthome de J. Lacan. (2)

El goce peniano se despliega en el campo imaginario como goce del doble que la imagen especular devuelve, en tanto especular del goce del cuerpo. Es lo que constituye los diferentes objetos que los agujeros del cuerpo dan soporte. El goce fálico en cambio, se sitúa en la conjunción de lo simbólico con lo real en el nudo borromeo. Es nombrado goce parasitario debido a la palabra que el parlêtre soporta.

La clínica del goce fálico es transmitida con suma claridad por H. Yankelevich en su libro Del padre a la letra(3). El falo simbólico es efecto de dos sustituciones que la metáfora paterna promueve. La primera, se refiere a la caída del niño de ser el objeto de deseo de la madre en su valor de único. La segunda sustitución se produce en el propio niño al separar el órgano fálico, del cuerpo en tanto falo. El órgano deviene sustitución del cuerpo. Es ahí cuando el varón puede hacer uso del mismo cuando es solicitado por el partenaire.

En el caso de nuestro joven declararse asexual sostiene aún el cuerpo como falo. Salida sintomática a un fantasma enraizado en el tiempo de la pulsión oral cuya frase gramatical es enunciada como “ser comido por el amor del otro”.

Tiempo después dirá que descubrió en la relación con una mujer, la fascinación por el “sexo oral”. La operación verdad no sin la alienación en transferencia, inscribió para este varón “no ser allí donde era”, verdad alcanzada no sin el saber que como sabemos es incurable (4).

Al decir de Freud, el padre de la ley transmite que de lo que se debe gozar, al mismo tiempo está prohibido. El mandato y la prohibición recaen sobre el mismo objeto, en este caso objeto oral. Inferimos entonces que el objeto privilegiado de goce de la pulsión es el mismo que en el



fantasma hará posible la aptitud para el placer.

EL ASESINATO DEL PADRE

Freud nos trasmite que el primer acto es el asesinato del padre. El padre de la excepción debe ser asesinado para que el sujeto tenga un padre con la condición de que el padre asesinado no sabía que fue objeto de un crimen. Él no sabía es la marca fundante de la falta que no sólo atañe al hijo sino también al padre por esa falta en el saber. Desde esta lectura del Nombre del Padre marcado por la castración podrá transmitirla a su propio hijo.

Nos preguntamos porqué Freud postergó la publicación del célebre artículo Moisés y el Monoteísmo y porqué Lacan se negó en un principio a dictar el Seminario Los Nombres del Padre? No será que podemos leer allí una vacilación, de la escritura en un caso y de la enseñanza en el otro indicativa de un pequeño asesinato – del padre – que reedita el acto inaugural de Totem y Tabú?

El acto fundante e inaugural es el asesinato del padre cuyos restos son comidos por los hijos bajo el modo de fragmentos, por lo cual el resto del padre es el lugar vacío por excelencia, operando así la represión como condición de la escritura.

En el límite del saber se recurre al mito. El mito del asesinato del padre implica el acto inaugural cuya eficacia resulta en el efecto sujeto del inconsciente. Así lee Lacan a Freud y retorna a él con su propio acto al afirmar que lo importante del asesinato del padre es “él no lo sabía”. El padre no sabía que fué asesinado para que su función sea inscripta como Padre muerto según la Ley.

R S I es la escritura que inventa Lacan cuyo anudamiento no es sin los Nombres del Padre. La invención de Lacan hace del mito de Freud una escritura tal, que permite la transmisión de lo real imposible de decir.

El mito intenta establecer un origen que sabido como ficcional no deja de tener sus efectos de verdad siempre y cuando en la dirección de la cura la construcción de la novela familiar arroje un relato cercano a la invención de cada sujeto. Es la propia escritura en el campo del Otro que asegura el no todo de la posición deseante. Dicho de otro modo; no hay texto previo en el inconsciente que deberá hacerse consciente en un análisis.

El asesinato de Moisés es el mito que metaforiza el padre muerto y que hace de la ley la posibilidad de la vida.

En el principio es el acto. En el principio es el verbo

Dos modos de escribir un origen que no se contradice. No hay acto sin verbo y el verbo que no conduce al acto es palabra vacía. En ocasiones es texto delirante que drena la alucinación auditiva.

El asesinato de Moisés es el mito que metaforiza el padre muerto de Tótem y Tabú y desencadena la Ley desprendida del padre que la retiene en su cuerpo. Es la ley que da lugar al dicho : “Es la ley de la vida”.

La ley no es sin la escritura. Tiempo lógico que antecede a la posibilidad de su transmisión. Recién allí podemos afirmar que la escritura es el efecto lógico del asesinato de la Cosa, y



eleva la dignidad del objeto de goce al estatuto de letra.

Lo que se escribe del asesinato es la trama ficcional que hace posible lo imposible de la transmisión de lo real. Cesa de no escribirse... lo indecible por las palabras. Nos encontramos entonces, que el acto es creador porque una letra se desprende y es un comienzo cada vez que el efecto sujeto inscribe una nueva posición en el discurso cuya pérdida de goce lo reenvía a un nuevo comienzo. Es así como la letra se actualiza en el análisis gracias al amor de transferencia que el deseo del analista promueve.

Un señor, adicto a la cocaína, justificada por la exigencia de su posición laboral, apela a mi complicidad en su relación con las drogas, el alcohol y los sedantes. Trajo a la sesión el artículo que Freud presentó en la Sociedad de Psiquiatría acerca de los beneficios del uso de la cocaína en forma inyectable. Al modo del diálogo, e intentando establecer un marco transferencial, le conté al paciente cómo siguió la historia de Freud con la cocaína. Su temor a ser segregado por la sociedad científica, cuando se dió cuenta que no iba a ser famoso por su contribución como médico, y cómo esta historia devino en el sueño de la Monografía Botánica, que lo llevó a ser famoso como psicoanalista. Este "diálogo" propició una incipiente confianza en él, que se manifestó en poder hablar de otras cuestiones que no estaban "contaminadas" por las sustancias que consumía. Mi apuesta con este paciente era que él pudiera soñar. Decía que no tenía sueños porque casi no dormía. No dormía por los efectos de la cocaína y empezó a asustarse cada vez que salía de los estados maníacos. Al mismo tiempo reivindicaba el goce de la euforia que la coca le producía. Esta alternancia dejaba un pequeño intersticio para el despliegue transferencial.

Sus intentos por la abstinencia de consumir le producían tal grado de dolor, tanto emocional como físico, que recurría a los sedantes que terminaban en el mismo circuito que la coca. La apelación a Freud fue el recurso de invocación al padre, en esta ocasión, del psicoanálisis, con dos intervenciones distintas, que marcaron la asimetría que funda la transferencia para que un análisis sea posible. Se trata de la ley que rige el amor de transferencia donde la abstinencia del analista no se confunde con la neutralidad cuando se autoriza a intervenir desde la función "deseo del analista", que como sabemos, es el motor de la cura analítica. Lacan, preocupado por el fin del análisis del analista, aborda en el seminario El acto, lo que a él atañe.

Dice Lacan: "Se comienza a ser analista al fin de un análisis. Se llegó una vez al fin y de allí hay que deducir la relación que eso tiene con el comienzo de todas las veces." (5)

Porque el objeto perdido causa del deseo por su estatuto de perdido, está al principio del acto. El sujeto es consecuencia de esa pérdida que lo instituye dividido por ese objeto que lo causa. Poder situarse en el efecto que constituye el objeto a para saber lo que le falta, está en el horizonte de la cura y determina la dirección de la misma para el analista que atravesó el fin del análisis. Nos remite a esa pregunta que se hace Lacan en el Seminario La transferencia acerca de la cicatrización de la castración y su relación al fantasma fundamental: qué queda de su atravesamiento para poder ejercer la función "deseo del analista", sin la cual el acto analítico no tiene lugar. (6)



Para nuestro joven asexuado, “comilón”, es uno de los Nombres del Padre que le permite dejar caer el ser ese objeto de la bulimia de las mujeres, sustitutas de la madre. Pero no alcanza para hacer uso de un falo separado del cuerpo en tanto tal. La irrupción puberal hace al desfallecimiento de la propia imagen con la cual no cuenta para responder al requerimiento del otro sexual. Para restarse al fantasma de devoración del otro, retiene el falo bajo la peculiar falta en ser que la nominación “asexuado”, lo protege de la inquietud que el partenaire le provoca. Sostiene así una posición paradójica del ser cuya manifestación clínica es la inhibición.

Nuestro adicto a la cocaína intenta establecer la complicidad del analista con la acción que fundamenta el goce de la misma. El acto analítico está del lado del analista siempre y cuando se cumpla la afirmación de Lacan:

“Interpretación y transferencia están implicados en el acto por el que el analista da a ese hacer soporte y autorización. Está hecho para eso.” (7)

El acto no es sin el significante. El efecto sujeto que resulta de la ley que implica todo acto no es sin la letra. Qué significa esta letra?

El asesinato de la Cosa. (8).

Tiempo en el que el sujeto se escribe entre las letras que lo efectúan como tal.

Tótem y Tabú sigue vigente como todo mito que arroja una verdad que agujerea lo real. Cada trozo que se come del padre, incorpora lo simbólico del lenguaje gracias al vacío que queda de él. La identificación primaria cuya operación es la incorporación de lo real del Otro real, resulta en la escritura del falo simbólico. Es así como se constituye el goce de la pulsión oral. El relato del asesinato del Padre nutre la novela familiar del neurótico y hace a la riqueza singular de cada análisis.

El acto de la escritura implica pérdida de goce del cuerpo, cuando la retención es un exceso. Reintroduce la muerte como la última verdad de la ley de la vida.

NOTAS:

(1) J. Lacan, Seminario del 6/12/67

(2) J. Lacan, Seminario del 16/12/75

(3) Jankelevich, Del Padre a la Letra. Homo Sapiens Ediciones. Rosario 1998
Cap. El padre y el síntoma

(4) Lacan J. Seminario del 10/01/68

(5) Lacan J. Seminario del 10/01/68

(6) Lacan J. Seminario del 11/01/61

(7) Lacan J. Seminario del 6/12/67

(8) Rabinovich S. Escrituras del asesinato Ediciones del Serbal. Barcelona año 2000